

dejaba saquear los almacenes de municiones, ocupar los sectores por la guardia nacional adicta, y defendía celosamente, contra los municipios dudosos y contra el gobierno, sus dos fortalezas de las colinas de Chaumont y de Montmartre y su parque de la plaza de los Vosgos.

¿Es admisible que hombres tan inteligentes como los ministros que se hallaban entonces en París y el prefecto del Sena, alcalde de la ciudad, cuya habilidad y valor elogió Thiers tantas veces, no hubiesen visto el peligro? Lo veían muy bien, pero no tenían medio alguno de conjurarlos.

El gobierno, mal enterado de los sentimientos de los parisienses, confió, en 16 de marzo, la dirección de la prefectura de policía al coronel de gendarmes Sr. Valentín. Este nombramiento, debido á Thiers, que había llegado la víspera de Burdeos, indicaba que la acción contra el comité central iba á ser más bien obra militar que obra de policía, que con soberana imprudencia el gobierno iba á oponer á más de 200.000 guardias nacionales menos de 20.000 soldados desmoralizados, sin cohesión, sin disciplina, sin confianza en unos jefes que, no habiendo sabido conducirlos á la victoria, los llevaban á la batalla de las calles. Quedaban justificadas las previsiones de Trochu, y Thiers iba á seguir el itinerario de París á Burdeos, harto dichoso de haber podido detenerse en la primera etapa, que era Versalles.

## VIII

Hemos dicho que el comité central, heredero de los comités de vigilancia instituidos en cada distrito, había sido creado durante el sitio. Su primer acto público fué la demanda de procesamiento contra los individuos del gobierno de la Defensa nacional, en el mes de diciembre. El cartel rojo que reclamaba esta medida y que pasó casi inadvertido, ostentaba las firmas de Bouit, Barroud, Chouteau, Favre, Gaudier, Gouhier, Grèlier, Lavalette, Moreau, Pougeret, Prud'homme y Rousseau. Ninguno de estos nombres, salvo los de Grèlier y Moreau, estaba destinado á una gran notoriedad. Algunos figuraron con diferente ortografía en carteles ulteriores. Pougeret había de trocarse en Fougere, y Barroud en Barrou ó Barou. Hasta el nombre de *Comité central* fué bastante incierto al principio, pues primero se llamó comité central de la guardia nacional y luego comité central de la federación republicana de la guardia nacional. A últimos de enero de 1871, la organización era más completa y el funcionamiento más regular; el comité tenía su timbre oficial, notificaba sus órdenes ó sus nombramientos por medio de delegados suyos, y á principios de marzo afirmó su existencia con actos públicos y significativos.

El primero consistió en una proclama fechada en 1.º de marzo prometiendo proteger al país mejor de lo que habían podido hacerlo los ejércitos permanentes y defender la república amenazada.

Para todo observador atento, los estatutos de la Federación de la guardia nacional, acordados el 3 de marzo por el comité central, eran alarmantes. El preámbulo afirma que la república es el único gobierno posible, que no puede discutirse, y reconoce á la guardia nacio-

nal el derecho absoluto de nombrar y revocar á sus jefes. El artículo siguiente estipula que la Federación republicana de la guardia nacional se compone: 1.º, de la asamblea general de delegados; 2.º, del círculo de batallón; 3.º, del consejo de legión, y 4.º, del comité central. Los delegados en el círculo, en el consejo y en el comité deben velar por el mantenimiento de todos los cuerpos especiales de dicha guardia, y evitar toda tentativa de derrocamiento de la república. Saliéndose audazmente de sus atribuciones, el comité central proyectó desde el primer día la elaboración de un proyecto de reorganización completa de las fuerzas nacionales, es decir, la supresión del ejército permanente.

En 10 de marzo, dirigió á los soldados que el armisticio había dejado en París una proclama en que se ponen de manifiesto estos proyectos y que termina con estas palabras:

«Soldados, hijos del pueblo, unámonos para salvar á la república. Los reyes y los emperadores han causado harto mal. No deshonréis vuestra vida. La consigna no impide la responsabilidad de la conciencia. Abracémonos en presencia de los que, para alcanzar un grado, obtener un empleo ó traer un rey, quieren hacernos degollar unos á otros.

»¡Viva por siempre la república!»

La impunidad de estas excitaciones á la insurrección indica, más que nada, el grado de impotencia á que había llegado el gobierno.

Desde la firma del armisticio, París se hallaba entregado á sí mismo. Gobernantes, diputados, hombres influyentes, todo el mundo lo había abandonado. Julio Favre, Ernesto Picard y Julio Ferry, alcalde de la capital, eran los únicos individuos del gobierno que se habían quedado en ella, pero desatendidos é impopulares. París, acostumbrado á dar el impulso en todo, esperaba órdenes y noticias de provincias. Los rumores que circulaban acerca de la disposición de los espíritus en la derecha de la asamblea excitaban desconfianza. Pero París, que desde hacía diez años elegía republicanos, consideraba la república como cosa propia, y la mayoría de la guardia nacional entendía que conservaba las armas para protegerla. Todos aquellos hombres que habían leído *La historia de un crimen*, estaban resueltos á no dejar realizar, sin resistencia, un nuevo golpe de Estado.

Pero hubo otra emoción más viva y más inmediata, la que experimentó la gran ciudad, apenas libre del sitio, cuando se enteró de la cláusula de los preliminares de paz que concedía la entrada de los prusianos en París, entrada que fué una de las causas principales de la insurrección. «No digo que sin esa circunstancia no se hubiese producido el movimiento, declaró Thiers ante la comisión informadora; pero sostengo que esa entrada de los prusianos le dió un impulso extraordinario.»

Desde este punto de vista, el movimiento se caracteriza verdaderamente como una manifestación del estado de espíritu obsidional. El general Trochu, en su declaración, hasta atribuye un cálculo maquiavélico á Bismarck: «Lo que él quería, dice, era la insurrección y la anarquía.» De todas maneras, el canciller descontaba el desorden en París; lo había anunciado á Thiers, y la cláusula de la paz, estipulando la entrada de las tropas

alemanas en la ciudad, á la cual el negociador alemán se aferró con tan singular insistencia, produjo el efecto que no era difícil prever.

París, que había sido vencido por el hambre, hubiera arriesgado quizá una destrucción completa por no dejar entrar al enemigo en sus calles. La prudente medida que limitó la ocupación momentánea al barrio de los Campos Elíseos, y sobre todo la rapidez con que la asamblea y el gobierno procedieron á cambiar las ratificaciones de paz, evitaron, quizá, una gran desgracia. De ahí provino, sin embargo, la emoción suprema de que nació la insurrección.

No faltaban elementos capaces de suscitar, irritar y precipitar esas disposiciones. En medio de aquella crisis universal, en que ciertos hombres hubieran buscado, en Versalles, la restauración de un absolutismo negro, otros hombres buscaban, en París, las vías del anarquismo rojo. Las tendencias diversas y confusas que agitaban al país conducían de este modo á sus consecuencias más extremas.

En las primeras filas de los revolucionarios figuraba el partido blanquista, que podía considerarse como el partido tradicional de la conspiración y del motín. Su ideal político era la oposición sistemática á todo gobierno, por todos los medios posibles. Era republicano integrista, igualitario, adversario de todo orden social, pero no era comunista, ni separatista ni socialista; era anarquista en el fondo. El blanquismo contaba en París tres ó cuatro mil adeptos y era más revolucionario de ideas que partidario de la revolución activa.

La revolución tradicional, el jacobinismo, estaba representado por un grupo igualmente numeroso y subdividido, según las tendencias de sus jefes, en dos secciones de igual influencia: los jacobinos de acción, que seguían á Delescluze, y los jacobinos románticos, que seguían á Félix Pyat. Estos hombres eran partidarios de la República «una é indivisible» y de un gobierno enérgico, enemigos de la burguesía y amigos del pueblo, pero sobre todo violentos y autoritarios. Se habían visto defraudados por la decisión que, en 4 de septiembre, sólo dió cabida en el gobierno á los diputados de París, y, en 31 de octubre de 1870 y en 21 de enero de 1871, el vencido fué el jacobinismo.

Este no perdonaba á los miembros del gobierno de la Defensa nacional el triple fracaso que le habían ocasionado, y, contando con la animosidad de la derecha de la asamblea de Burdeos, habían pedido el procesamiento de los hombres del 4 de septiembre. Después de aquella manifestación tan poco noble como inútil, los jacobinos habían comprendido que su puesto no estaba en la asamblea; la mayor parte de los que habían sido elegidos diputados, los Delescluze, Pyat, Tridón y Malón, habían dimitido, volviéndose á París, donde ya germinaba la insurrección. Todos ellos abrigaban grandes ambiciones, sordos rencores y cóleras frías y cautelosas, largo tiempo reprimidas.

Todo espíritu poco atento estaba expuesto á confundir, con los revolucionarios propiamente dichos, otros elementos que ensayaban el papel considerable que más tarde habían de desempeñar. Tales eran los socialistas. Los adeptos de las numerosas doctrinas del socialismo (sansimonianos, fourieristas, comunistas, colectivistas) tenían por programa la constitución de una sociedad

nueva. Tenían su puesto señalado allí donde se había entablado la lucha entre el capital y el trabajo, y principalmente en las huelgas. La mayor parte de ellos eran obreros ó pertenecían al proletariado. La polémica tremenda y oscura de Proudhón les proporcionaba fórmulas, cuando no razones.

El partido obrero estaba ligado íntimamente con la vasta organización cosmopolita que llevaba el nombre de Sociedad Internacional de Trabajadores. Los delegados obreros franceses se habían puesto en relación con ella en Londres, durante la Exposición de 1862. Fundada, al parecer, bajo los auspicios de Karl Marx, tenía su domicilio en Inglaterra y tenía extensas rela-



El coronel Denfort

ciones en Alemania; quizá las tenía hasta entre los elementos que servían á Bismarck, el cual no desperdiciaba medio alguno de lograr sus fines. Bien acogida en Francia por el partido liberal, teniendo por apologista á Enrique Martin y por abogado á Julio Ferry, se había desarrollado durante los últimos años del imperio: quizá el gobierno imperial había concebido el propósito de apoyarse sobre aquella organización de la democracia para oponerla á la burguesía liberal. La incertidumbre en que se estaba acerca de los actos de la Internacional aumentaba quizá las suposiciones y las sospechas.

Se decía que era rica y poderosa. Parece indudable que, en 1870, contaba de 70 á 80.000 afiliados en París. Según las actas de sus sesiones, parecía pobre y desorientada en vísperas del 18 de marzo. El comité directivo cambiaba á menudo de local para sus reuniones; sin embargo, últimamente se reunía en la plaza de la Cordería, núm. 6. Los fondos se hallaban en poder de un tal Chatelain, domiciliado en la calle de San Honorato y que pasaba por agente bonapartista. La Internacional había de representar un papel preponderante en la unión de todos los partidos revolucionarios y en la organización del comité central.

Al principio, todos estos elementos estaban aislados



y á menudo recelaban unos de otros. Se agruparon por la lucha y para la lucha, sin cuidarse de deslindar de pronto la teoría de su acción común. Pero poco á poco la mayor parte de ellos se adhirió con una inteligencia más ó menos clara, con una convicción más ó menos ardiente, á una idea que, en cierto modo, se elaboró á medida que se desarrollaron los acontecimientos y que vino á ser el programa de la insurrección y la consigna póstuma de la «idea comunalista.»

Considerada en su esencia, esta doctrina aparece como la aplicación absoluta de la idea de Juan Jacobo Rousseau. Es la concepción suiza de la organización política de las sociedades. En el sistema, el cuerpo social tiene por molécula el municipio (la *commune*) y por resultado la *federación*. En principio, se suprime toda representación. Se acerca el poder al pueblo para que el pueblo gobierne. Por esto el sistema encierra en lo posible el organismo político en los estrechos límites del municipio.

El municipio (la *commune*) aparece, pues, como el rodaje social primordial y casi único; obrando libremente y fuera de la influencia de los demás municipios, cada uno de ellos vivirá de su vida propia y se separará infaliblemente. A través de estas ideas aparece un vago recuerdo de las pequeñas repúblicas antiguas, en que el pueblo gobierna en la plaza pública, de las repúblicas italianas, de los municipios de Flandes y, sobre todo, de los cantones helvéticos. De todo esto se compone la doctrina de Rousseau, el cual viene á declarar que su *Contrato social* conduce á la «confederación.» Sus discípulos inconscientes reciben de él la lección que él mismo recibiera de su país natal.

Pero añaden al sistema una concepción nueva: la de la revolución social. Ejercido el poder en cada municipio directamente por el pueblo, éste administrará sus intereses colectivando las riquezas, los recursos y el trabajo. La nueva organización de la sociedad será la continuación natural de la nueva organización de la ciudad. Tal es la consecuencia infalible del sistema *comunalista*.

Mas, para llegar á este resultado, ante todo era menester quebrantar la unidad nacional. Para aquellos revolucionarios, la *unidad* se llamaba siempre *centralización* y la *centralización* se llamaba *autoridad*. La fórmula del partido se resume, finalmente, en estos tres términos: *autonomía municipal* («comunal»), *federación* y *colectivismo*. Trátase, pues, como en tiempo de la Liga, de convertir á Francia en una Suiza, pero en una Suiza socializada.

Esta doctrina apareció muy tarde; se desprendió de las situaciones conquistadas, y la precisaron posteriormente varios teóricos desocupados, en medio de las reflexiones del ostracismo; pero existía en el fondo de los espíritus é inspiraba los actos, las palabras y los gestos. Era natural que, en una crisis análoga á la que Francia atravesaba, se entreviese como resultado final la disociación absoluta y la dislocación completa del país.

Las teorías eran tan abstractas y complejas que escapaban á la comprensión de la masa popular agitada por los acontecimientos, presa de la fiebre entusiasta y sanguinaria que germinaba en la ciudad abandonada, humillada, desesperada. Esta masa es la que provocó la catástrofe. La población entera, que acababa de sufrir

los horrores del sitio, que durante largos meses se había visto separada del resto del mundo y como secuestrada, al encontrarse libre, andaba deslumbrada en el vacío, como un preso que sale de su celda; después de haber vivido tanto tiempo engañada sobre la eficacia de la lucha y la certeza de la victoria, después de haber soñado gloria y heroísmo, se encontraba en presencia de la derrota y de la humillación. El elemento viril se había batido; todos los hombres eran soldados; se les había armado de fusiles; no era culpa suya si, según una frase duramente irónica de Thiers, se habían servido poco de ellos. Apenas terminado el sitio, esta población se disloca; la organización embrionaria esbozada durante el sitio mismo, se rompe: ya no hay sector, ni servicio, ni batallón; la parte acomodada de la guardia nacional—cien mil hombres tal vez—se marcha á provincias á reunirse con sus familias dispersas; los pobres se quedan en París, inactivos, sin consigna, sin ocupación, sin saber en qué emplear el tiempo, yendo de las tabernas á los clubs, errando por calles y plazas, sin tener apego más que al uniforme y al fusil que les dan un continente serio y, gracias á la paga de «treinta sueldos,» les aseguran el pan.

Las tropas del ejército activo, licenciadas, desarmadas de pronto, en virtud de las cláusulas de la capitulación, dejaron en la calle 250.000 soldados, sin contar 40.000 enfermos en los hospitales; es decir, 300.000 jóvenes sin familia y casi todos sin recursos, abandonados á sí mismos, de la noche á la mañana, en la gran ciudad, después de tanto sufrir. Ciertamente es que se hizo todo lo posible para repatriarlos en masa; pero se carecía de medios. Hecha requisición de todos los trenes, se recogieron rebaños de 30 ó 40.000 hombres desarmados, á los cuales se distribuyó un poco de dinero para decidirlos á partir; pero, después de todo, eran libres y el residuo constituyó una multitud tumultuosa y vagabunda capaz de ponerlo todo en peligro.

Al mismo tiempo operóse, en sentido inverso, una considerable afluencia de provincias y del extranjero á París. Firmada la paz, son licenciados total ó parcialmente los regimientos de móviles, movilizados, territoriales y tropas activas. Los parisienses francos vuelven á la ciudad. La disposición de las vías férreas hace que París sea el punto de conjunción necesaria de la circulación que se hace simultáneamente, en medio de un desorden espantoso, por toda la superficie del país.

Los móviles desarmados tomaron parte, sin saberlo quizá, en los primeros movimientos insurreccionales. Nadie volvía á encontrar su puesto ni su camino. A la locura obsidional se añadió un extravío universal.

Los había, sin embargo, que sabían lo que iban á hacer. A éstos una consigna secreta los llamaba á París. Principalmente del Este llegaban en partidas los restos del ejército garibaldino, que parecían obedecer á un santo y seña y que, con aire resuelto, entraban en la capital como en país conquistado.

En el fondo, una chusma indescriptible: durante las peripecias del sitio, las cárceles habían sido abiertas varias veces; los prófugos, los reincidentes, todos los que viven en las madrigueras de una gran ciudad como París, se habían encontrado, durante los largos meses del sitio, bajo el incógnito del uniforme. Se habían distribuido los fusiles sin precaución alguna. Flourens había

comprado Chassepots, de su bolsillo tal vez, pero es lo cierto que los había dado por su propia autoridad. Afirman que había doce mil licenciados ó escapados de presidio en las listas de la guardia nacional. Los que habían hecho bancarrota ó estaban abrumados de deudas, los bohemios, la gente de la alta y de la baja hampa, toda esa turba estaba allí, fiel á la consigna del desorden, adscritos á la paga de «los treinta sueldos.»

Estos «guardias nacionales» eran los que, durante el sitio, se negaban á batirse, so pretexto de que se les quería hacer salir para entregarlos, á traición, á los prusianos. Eran los que más gritaban, y con los de París y de provincias se confundían los extranjeros, ingleses, polacos, húngaros, españoles, italianos, belgas y hasta alemanes.

La aventura había atraído á los aventureros, y la presa á las aves de rapiña. Altas complicidades ó fríos cálculos habían arrojado toda esa gente sobre París. La altiva ciudad iba, al fin, á perecer, desgarrada por sus propias manos. Las bombas estaban forjadas (el 22 de enero se encontraron 12.000 en la alcaldía de Montmartre), y el petróleo dispuesto. Los incendiarios del mundo entero estaban allí, con la tea en la mano.

Pero antes era menester que, en una refriega suprema, los franceses se matasen unos á otros; porque todo el mundo estaba armado hasta los dientes. Se habían distribuido 450.000 fusiles en la capital; había polvorines en todas partes, millones de cartuchos y dos mil cañones con sus abastecimientos. Era un ejército en armas, sin objeto y sin adversario, que ocupaba una ciudad inmensa, muros intactos, fuertes, bastiones y verdaderas ciudadelas como la Butte-aux-Cailles y la Montaña de Santa Genoveva, y contaba con el supremo recurso de erizar las calles de barricadas.

Desarmarlo en masa, disolverlo, apaciguarlo, cuando hacía siete meses que lo impulsaban á la lucha, era empresa poco menos que imposible. ¿Hubiera sido factible en el momento del armisticio? El príncipe de Bismarck suscitó la cuestión del desarme: Julio Favre no lo consideró posible, y de ello pidió más tarde perdón «á Dios y á los hombres.» Mas difícil y temible era aún vencerla y reprimirla. ¿Cómo no retroceder ante la guerra civil, al día siguiente de la guerra extranjera? Todo el mundo vivía en la ansiedad, temiendo ir de mal en peor. Los hombres que compartieron las responsabilidades de aquellos días trágicos decían que aquellos momentos fueron los más terribles de su existencia. ¿Con qué fuerzas hubiera podido contar el gobierno para someter á París? La capitulación dejaba al gobierno el derecho de mantener una guarnición de 40.000 hombres en la ciudad. Pero como los regimientos habían tenido que licenciar á los cumplidos, el ejército no pasaba de 25 ó 30.000 hombres, soldados bisoños que no se habían batido aún y no conocían París. Acostumbrados á pasar el día en familia, «fraternizaban» en cafés y tabernas. No se podía contar más que con los guardias republicanos, los gendarmes del cuartel Lobau, con los marinos que habían desalojado los fuertes y con la guarnición de estos mismos fuertes, muy sujeta por los oficiales, es decir, con un contingente que no llegaba á 20.000 hombres.

¿Y qué decir de la guardia nacional? Ahí estaba el peligro. Thiers, que había conservado sobre ella algu-

nas ilusiones, acabó por rendirse á la evidencia que le consternó. Los mejores elementos habían salido de París y el resto se organizaba ostensiblemente para la insurrección.

De pronto se vió desarrollarse en las filas de la guardia nacional la influencia y la autoridad del ya famoso comité central, que copiaba de las tradiciones revolucionarias la palabra «federación.» Al principio, reunió los delegados de los veinte distritos, señalándose la misión de vigilar los actos del gobierno y los de los jefes nombrados en regla. Ya hemos dicho que, al día siguiente del armisticio, se apropió un papel político, presentándose como defensor de la república amenazada. Compuesto de hombres oscuros, que debían su cargo á las relaciones de barrio, reconstituyóse en 15 de febrero, y uniéndose, en 10 de marzo, con la Internacional, recibió de este modo sangre nueva y un enérgico impulso. A partir del 11 de marzo, fecha de las elecciones del comité central definitivo, contó entre sus miembros á los ciudadanos Assi, Billioray, Moreau (Eduardo), Varlin, Jourde, Lullier, Ranvier, Fabre, Fougeret... Algunos de ellos formaban parte de la Internacional. Eudes, Duval, Bergeret y Raul Rigault se adhieron entonces á este grupo. Era el embrión de la futura *Commune*.

La población de la ciudad, en parte ganada de antemano á las ideas insurreccionales, mostrábase, en su mayoría, fría é indiferente. Las alcaldías, sobre todo las de los distritos excéntricos, estaban en manos vacilantes ó sospechosas. En todas partes surgían consejeros oficiosos, pero, llegado el momento de obrar, resultaba que carecían de autoridad y de acción. Su mediación bien intencionada no hacía más que mantener las ilusiones, y el optimismo y la ofuscación universal que habían sido el gran mal del sitio, fueron aún más funestos durante las semanas que precedieron y prepararon los acontecimientos.

Los diputados por París, más conocedores de los elementos que tenían en su presencia y, por consiguiente, del peligro, tomaron desde un principio una actitud significativa. Los más avanzados habían presentado su dimisión, como Víctor Hugo, en Burdeos, ó, más tarde, en el momento de votarse los preliminares de paz. Pero la gran mayoría, los Luis Blanc, los Brissón, los Enrique Martín, se mantuvieron en grupo compacto en torno de la bandera nacional.

Esta actitud hubiera debido servir de advertencia á los parisienses. Si estos representantes, si estos republicanos nada sospechosos, puestos entre dos fuegos, exponían así su persona y su popularidad, es porque no querían la revolución en presencia de los prusianos y temían atentar á la unidad nacional.

Algunos, como Tirard, Meline y Floquet, fueron hasta el límite de las concesiones por no iniciar el conflicto. No dejaremos de mentar de paso el silencio de Gambetta, las lágrimas de Julio Favre, la inquietud de Milliere y de Malón, los sentimientos agitados de las provincias, donde las grandes poblaciones se sublevaban contra la asamblea y se levantaban por la República.

Tampoco dejaremos de recordar los terrores, las imprudencias y las faltas de la asamblea. La derecha monárquica buscaba, en los acontecimientos que se preparaban, los medios y la justificación de una restauración



próxima; incriminaba las «debilidades» de Thiers y los «comprometimientos» de los menos sospechosos, reduciendo á silencio á aquellos cuya palabra hubiera sido tal vez la única eficaz.

Sería menester abarcar de un golpe de vista la perspectiva compleja y extrañamente agitada que Francia presenta entonces, como el gran París, sombrío sobre el cielo rojo; sería menester dejarse llevar, por la emoción del espectáculo, hasta esa súbita visión que penetra las almas y sondea los corazones, para descubrir las causas profundas, múltiples, humanas y sobrehumanas que, en aquel momento único, determinaron á las masas y precipitaron, una vez más, la Francia en una de las desgracias más trágicas que ha conocido la humanidad.

No habían faltado advertencias. El movimiento de 31 de octubre había estado á punto de triunfar á los gritos de «¡Viva la *Commune!*» Blanqui, que era el alma de la jornada, fué preso y continuaba en la cárcel. En noviembre y diciembre fueron objeto de igual medida Félix Pyat, Vermorel, Ranvier, Tridón, Vesinier, Flourens, Vallés, Milliere, Lefrançais, Leo Millet, Brunet, Delescluze y otros, en número de unos ochenta. Algunos de ellos fueron luego imprudentemente puestos en libertad.

A partir del armisticio, multiplicáronse en la capital los incidentes más graves: saqueo de almacenes de armas y municiones, construcciones de barricadas, efervescencia general, manifestaciones diarias en la plaza de la Bastilla, mujeres enlutadas colgando banderas en la verja y cantando endechas fúnebres; la obsesión del sufrimiento, la «locura roja», verdaderas convulsiones.

Sin embargo, aquellas alarmas se hubiesen disipado quizá si en la noche del 26 al 27 de febrero no hubiese cundido la noticia de que, en virtud de las cláusulas del convenio preliminar, los prusianos entrarían en París. Una emoción indecible sublevó la población entera. La gran cólera se condensa en torno de esa suprema vergüenza. Aun flotaba incierta, cuando circuló el rumor de que quedaban, en Passy y en la plaza de Wagram, dos parques de artillería que iban á ser dejados á los prusianos. La guardia nacional y el pueblo se apoderaron de los cañones, transportaron los de Passy al parque de Monceau y los de la plaza de Wagram á Montmartre, á Belleville, al bulevar de Ornano y á la plaza de los Vosgos. De ello iban á originarse los grandes acontecimientos.

Después de la momentánea ocupación del barrio de los Campos Elíseos por el ejército alemán, transcurren quince días en medio de las alternativas del temor y de la esperanza.

En 8 de marzo, Duval, el futuro general de la *Commune*, establece un sector insurreccional en la barrera de Italia y se organiza para la resistencia. El comité central se une con la Internacional. Julio Ferry, alcalde de París, escribe aun al gobierno, en 5 de marzo: «La ciudad está tranquila; ha pasado el peligro... En el fondo de la situación, aquí, gran cansancio, necesidad de reanudar la vida normal; pero no puede haber orden duradero en París sin gobierno ni asamblea. *La asamblea, volviendo á París, es la única que puede restablecer el orden*, y por ende el trabajo, de que París tiene tanta necesidad; sin esto, nada es posible. *Volved pronto.*»

Llegan las noticias relativas á la ley de los vencimientos, á la cuestión de alquileres, al traslado de la asamblea á Versalles, y se afirma que se prepara el golpe de Estado.

Thiers regresa á París el 15 de marzo y se instala en el ministerio de Negocios extranjeros. Ha llegado el momento de obrar. Hay que proceder al desarme. No es posible dejar así á París, fuera de sí, con el fusil en la mano.

La dificultad está en Belleville y en Montmartre. El 17 se celebra consejo de ministros en el hotel del muelle de Orsay. Se discute la oportunidad de un acto de autoridad precisado en esta fórmula: «apoderarse otra vez de los cañones.» Según Thiers, la opinión general reclamaba esta medida, se había pronunciado en el sentido de una acción inmediata; las gentes de negocios iban repitiendo por todas partes: «No haréis nunca operaciones si no acabáis con esos malvados y no les quitáis los cañones.» Y había que pagar á los prusianos. No obrar en la situación en que se hallaban los ánimos, con los rumores que circulaban por París, era mostrarse débiles é impotentes.

El golpe de mano fué decidido: consistía en transportar al interior de París los cañones guardados en las alturas de Montmartre. Para llevarlo á efecto, el gobierno contaba á lo sumo con 20.000 hombres. La operación había de empezar á las dos de la madrugada. Las disposiciones fueron tomadas con bastante acierto. Thiers, ansioso, se encontraba en el Louvre con el general Vinoy, que respondía del éxito. La operación pareció salir bien de pronto. El general Lecomte ocupó la meseta y toda la colina quedó cercada. Pero se hubieran necesitado muchos tiros de mulas ó caballos para operar, antes del nuevo día, tan colosal traslado, y no había tiros. El ejército no tenía caballos. Eran menester varios días para retirar todos los cañones. Entonces se cayó en la cuenta de que la operación había sido mal calculada. Sin embargo, se logró bajar 70 piezas de artillería; las demás quedaron custodiadas por la tropa.

Poco á poco cundió por Montmartre la noticia de que se llevaban los cañones y tocóse á somatén. Disparáronse algunos tiros que pusieron al vecindario en alarma. Propalóse la voz de un golpe de Estado. Reuniéronse los guardias nacionales. El pueblo, con niños y mujeres, agolpóse en torno de los soldados que guardaban los cañones. De todas partes salían gritos de «¡Viva el ejército! Sois nuestros hermanos. No queremos batirnos.» Convidados á beber, los soldados rompieron sus filas, se dejaron desarmar ó levantaron al aire las culatas de los fusiles y se dispersaron. El general Lecomte fué hecho prisionero con su Estado mayor.

Thiers volvióse al ministerio de Negocios extranjeros. En la Casa consistorial, de donde no se movía el alcalde de París, Sr. Ferry, esperábase noticias. Al principio eran buenas; luego empezaron á ser poco satisfactorias. Cerca de las once la prefectura de policía anunció el desastre.

El gobierno se reunió en el palacio del muelle de Orsay. Los portadores de noticias entraban y salían. Los generales deliberaban en un rincón. Le Flô, ministro de la Guerra, que había ido hasta la plaza de la Bastilla para darse cuenta de los acontecimientos, volvió entre doce y una de la tarde. Acordóse tocar generala pa-

ra reunir á los batallones de la guardia nacional, con los cuales se creía poder contar, y únicamente se presentaron unos seiscientos hombres. Thiers, presa de viva emoción, quiso que el general Vinoy le explicase la situación militar exacta. A cosa del mediodía, el jefe del poder ejecutivo había empezado á declarar que habría que resolverse á salir de París. En su impaciencia, salió hasta el puente de la Concordia ante las tropas que se replegaban en buen orden, al mando del general Farón. Serían las tres cuando volvió al palacio del muelle de Orsay. Las noticias de París eran cada vez peores. Los cuarteles habían sido tomados ó evacuados. Sin embargo, la Casa consistorial, apoyada por las tropas del cuartel Lobau y ocupada por Julio Ferry que no quería abandonarla, no había caído aún en poder de los insurrectos.

Apenas había vuelto Thiers al palacio del muelle de Orsay, cuando se oyó el toque de cornetas y tambores, y desde las ventanas se vió pasar por el muelle tres batallones de federados; eran los guardias nacionales del Gros-Caillois que iban á unirse al movimiento. En el palacio no había más que medio batallón de cazadores de infantería. A pesar de las vacilaciones de Julio Favre, Julio Simón y Picard, á quienes era difícil convencer de la necesidad de la retirada, el gobierno comprendió que el jefe del poder ejecutivo no podía continuar expuesto de aquel modo. Thiers zanjó la cuestión resolviendo trasladarse á Versalles. En previsión de esto, el general Vinoy había reforzado su escolta, mandado preparar un coche y enviado un escuadrón á la puerta del bosque de Boloña. Antes de partir, Thiers dió al general Vinoy, comandante en jefe del ejército de París, la orden de evacuar la ciudad; enterado de que no se podía contar más que con la brigada Dantel, repitió varias veces que se la enviasen á Versalles.

Después de la salida de Thiers, el general Le Flô, ministro de la Guerra, insistió sobre la necesidad de la evacuación completa, ya que, á su juicio, no había medio de sostenerse, ni siquiera en el Trocadero ni en Passy, y firmó la orden, asumiendo toda la responsabilidad.

La brigada Dantel ocupaba los fuertes, incluso el Monte Valeriano. La casualidad hizo que dos batallones de cazadores que el gobierno quería alejar de París fuesen encerrados en esta última fortaleza, y durante un día entero constituyeron toda la guarnición. En la noche del domingo al lunes, el general Vinoy escribió á Thiers una carta pidiéndole la autorización para mandar ocupar de nuevo el Monte Valeriano. Thiers acabó por consentir, y la fortaleza volvió á ser ocupada por la tropa en la mañana del 20 de marzo; los federados, que pocas horas después se presentaron en ella, intimaron inútilmente al comandante de la plaza que se rindiese.

Mientras tanto, el comité central, vuelto de su sorpresa, hizo tocar llamada. Montmartre, Belleville y las alturas de Chaumont se hallaban en plena insurrección. Los barrios del Panteón, de Vaugirard y de los Gobelinos se alzaron á la voz de Duval. Los batallones de los barrios burgueses no contestaron al llamamiento. En Montmartre ocurrió una escena trágica que determinó el carácter implacable del movimiento. El general Clemente Thomás, ex general de la guardia nacional, que vestido de paisano se había mezclado impru-

dentemente con el pueblo, fué preso y encerrado en la casa número 6 de la calle de Rosiers, donde los insurrectos tenían prisionero al general Lecomte. Después de algunas horas de terrible angustia, Clemente Thomás fué fusilado á boca de jarro en el momento en que le hacían bajar la escalera de la casa, y momentos después, el general Lecomte fué pasado por las armas en el jardín, por sus propios soldados, según se dijo.

Aquella misma noche, á una delegación compuesta de los señores Tirard, Vautrin, Vacherot, Bonvalet, Melin, Tolain, Milliere y otros, que trataron de interponerse en nombre de los alcaldes, Julio Favre les arrojó



Delescluze

esta tremenda frase: «¡No se discute, no se trata con asesinos!»

El comité central, hasta entonces indeciso, dió instrucciones para que París fuese invadido y ocupado. Julio Ferry, que se mantenía firme en la Casa consistorial, recibía reiteradas órdenes de evacuarla. Por fin, á las once de la noche, abandonó el palacio del Ayuntamiento, llevándose sus papeles y el personal de servicio, y atravesó todo el centro de París, ya en poder de los insurrectos, escoltado por las tropas del general Derroja, que se abrieron paso á la bayoneta.

El palacio y el jardín del Luxemburgo, en que se hallaba acampado el 69.º regimiento de marcha, no fué evacuado hasta el 23 de marzo, y el director de Correos, Sr. Rampont, diputado por el Yonne, no salió de París hasta el día 30.

## IX

El abandono de París, justificable desde el punto de vista estratégico, se verificó con tal precipitación y con tal desorden, que esta nueva falta agravó singularmente la situación del gobierno y de la asamblea. El partido del orden, viéndose abandonado, se abandonó á su vez, dejando el campo libre al comité central y á todos